
Boletín Electrónico Surá # 67, Febrero 2002

Escuela de Trabajo Social - Universidad de Costa Rica

www.ts.ucr.ac.cr

Derechos Reservados a favor de la autora del artículo

NO CABALGAN LO SUFICIENTE: REPLICA A UNA REPLICA DOGMATICA

Teresa Porzecanski

He sido invitada por Consejo de Redacción de la Revista a comentar este artículo del Dr. Carlos Montaña, que a su vez responde a mi ponencia, presentada en el Seminario Internacional de la Maestría en Trabajo Social ofrecida por la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina, mayo 16-20 de 2001, titulada “Algunas cuestiones disciplinares del Trabajo Social en el Uruguay contemporáneo”. Para ello, estoy intercalando mis observaciones debajo de cada uno de los puntos que desarrolla el autor y en color azul para destacarlos del original..

Dra. Lic .A.S. Teresa Porzecanski.

Montevideo, Noviembre 23, 2001.

“Ladran, Sancho! Señal que cabalgamos”

*Réplica a algunos ensayistas desconcertados**

Carlos E. Montaña**

El pasaje de la década del 80 para la del 90 ha sido el palco de una significativa inflexión en el debate profesional del Servicio Social. Efectivamente, los años post-dictadura enmarcan la superación de la doctrina de seguridad nacional (introyectada en nuestra formación a partir de las intervenciones militares), mediante el recurso del “retorno al pasado” (ver Montaña, *in Netto*, 1997: IX y ss.), re-incorporando las perspectivas “tecno-modernizadoras” y de un cierto “marxismo

* Quisiera agradecer la lectura y sugerencias a este texto, de las colegas Alejandra Pastorini, Teresita Steneri y Yolanda Guerra.

** Doctor en Servicio Social. Profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Ex docente de la Universidad de la República (Uruguay). Autor de los libros *La naturaleza del Servicio Social. Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción* (Cortez, São Paulo, 1998) y *Microempresa na era da globalização* (Cortez, São Paulo, 1999). Coordinador de la Biblioteca latinoamericana de Servicio Social (Cortez).

positivizado” (ver Quiroga, 2000: 121 y ss.) propias del contexto de reconceptualización profesional. Es decir, el Servicio Social tuvo que retrotraerse a más de 25 años, reproduciendo extemporalmente las cuestiones puestas y las respuestas dadas por la intelectualidad profesional en aquel entonces.

En la década de 80, particularmente (aunque no exclusivamente) en Brasil, algunos investigadores desarrollan estudios que, inspirados en la tradición marxista u otras perspectivas críticas y progresistas, pero superando sus influencias positivistas, estructuralistas o dogmáticas, ponen nuevas cuestiones y dan nuevas respuestas a viejos temas. Así, a partir del estudio de la obra marxiana (aquella de responsabilidad directa de Marx) y de los más fieles intérpretes de su ontología (particularmente Gramsci y Lukács), y/o a partir de corrientes críticas (por ejemplo, en la línea de Habermas, o del pensamiento crítico de la Escuela de Frankfurt, o incluso en la perspectiva de ciudadanía que viene de Marshall), se desarrolla en nuestra profesión una producción intelectual que iría, en la década del 90, marcar el debate más profundo y avanzado sobre temas como: la historia y la función social del Servicio Social; el Estado y las políticas sociales; la cuestión metodológica; la reestructuración del capital, el neoliberalismo y la reforma del Estado; desencadenando un proceso intelectual y político de significativa relevancia. A partir de ahí, ningún intelectual serio podría más huir a este debate.

Es así que desde esta perspectiva teórico-metodológica, que viene de la ontología de Marx, en los años 90 este debate pasa a impulsar la producción intelectual de la profesión. Primeramente en el Brasil. Pero con el intercambio de docentes, con los convenios de maestrías entre universidades de distintos países, y puntualmente con la consolidación de la Biblioteca latinoamericana de Servicio Social (colección destinada a socializar en idioma español parte de la producción más progresista, crítica y de actualidad en nuestra profesión), esta discusión comienza a expandirse por toda América Latina. Hoy los congresos internacionales son prueba visible de esto, con ponencias y conferencias inspiradas en esta perspectiva y desdoblado estos debates. Por su turno, nuevos Planes de Estudios que están siendo discutidos y aprobados en diversos países se orientan en (o incorporan) tales perspectiva y debates. La investigación (docente, profesional o de postgrado) sigue en gran medida esta tendencia. La bibliografía más avanzada, crítica y profunda incorpora también estos enfoques y cuestiones.

No obstante, este proceso de incorporación y desarrollo de tal perspectiva y de los debates que de ahí derivan ha despertado preocupación y/o temor en sectores conservadores. Colegas anti-marxistas (por opción o por ignorancia), conservadores, o “intelectuales orgánicos” de la burguesía, encontraron un motivo

de preocupación en la buena recepción que existe de estas perspectivas y debates en todo el colectivo profesional del continente. Contra ello tienden ahora a apuntar sus baterías (poco sólidas, es verdad), oponiéndose a estos debates y sus repercusiones político-institucionales: planes de estudio, proyecto ético-político, orientación de temáticas y expositores en congresos, políticas de investigación etc. Esta oposición a tales perspectivas y debates generalmente no es acompañada por una oposición tan enérgica al capitalismo y/o al proyecto neoliberal.

Es así que hemos presenciado, en los últimos tiempos, a un desesperado reflujo de conservadurismo. Sea por oportunismo — colegas que pretenden, al “antagonizarse” a intelectuales como lamamoto, Netto etc., ponerse en pie de igualdad y, quién sabe, surgir como referencia de “la otra campana” —, o sea por claro conservadurismo restaurador, surgieron algunas ponencias, artículos (e incluso el bla, bla, bla de los corredores), claramente descalificadores de la riqueza de estas perspectivas y debates. En lugar de un debate frontal y público, descalifican y desvirtúan autores y obras que hoy son referencias de las mejores producciones intelectuales críticas del Servicio Social.

Llama la atención con la arrogancia con que Montaña acusa de “conservaduristas” a todos quienes, según él, “pretenden, al “antagonizarse” a intelectuales como lamamoto, Netto, etc. ponerse en pie de igualdad, y quien sabe, surgir como referencia de “la otra campana”---o sea por claro conservadurismo restaurador, surgieron algunas ponencias, artículos (e incluso el bla, bla, bla de los corredores)...”.

Debe aclarársele a este colega que:

- 1) todos somos iguales a la hora de debatir temáticas y para nada importa la “fama” de quien debate; ¿o es que Montaña se abroga el derecho de elegir quién puede debatir con quién?*
- 2) En todo caso, creo que, a partir de mis primeros libros, “Desarrollo de Comunidad y Subculturas” (1972), “Lógica y relato en Trabajo Social” (1974) y “Mito y realidad en las Ciencias Sociales” (1983) publicados en Argentina y traducidos al portugués en textos diversos, y siguiendo con los once libros de ensayos en investigación y Ciencias Sociales, tengo bien ganado el derecho a debatir el tema que me parezca y con quienes me parezca. Y por supuesto no le tengo que pedir permiso a nadie para ello.*
- 3) Por si ello no fuera suficiente, creo que el uso del adjetivo “conservadurista” (rotular a alguien con algún estereotipo del tipo*

“negro”, “ignorante”, “insignificante”, etc.) es muestra de los prejuicios (y no de los argumentos) que subyacen la postura dogmática de Montaña.

Trabajos de relativa insignificancia,¹ por su pobre argumentación, que exigirían detenerse en cada detalle para comentarlos y mostrar los errores de interpretación y de análisis, no nos retendrán ahora la atención.

Me gustaría mucho que pudiéramos saber cuales argumentos teóricos tiene el colega Montaña para afirmar que todos los trabajos que cita son “insignificantes” y espero ansiosamente su fundamentación. Considero especialmente el excelente ensayo “La construcción colectiva de la identidad del Trabajo Social en el Uruguay de comienzos del siglo XXI” de Carolina González Laurino. Si el criterio de Montaña para tildar un trabajo de insignificante, es discrepancia con sus ideas, entonces estamos de acuerdo.

Contrariamente a esto, un ensayo nos convoca particularmente a la reflexión, justamente porque proviene de una intelectual tradicional que ya tuvo repercusión en nuestro colectivo profesional. Se trata de un texto de Teresa Porzecanski, intitulado *“Algunas cuestiones disciplinares del Trabajo Social en el Uruguay contemporáneo”*, presentado en el Seminario Internacional de culminación de la Maestría en Trabajo Social (Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina, 16-19 de mayo de 2001).²

Por tratarse de esta intelectual — lo que no nos permite trabajar con la hipótesis de equívocos o errores de interpretación —, las gruesas tergiversaciones que en ese texto se hacen de sus interlocutores sólo nos lleva a una conclusión posible: se trata de *mala fe*, producto del desespero conservador u oportunista. Si la afirmación es fuerte, sígannos y observen las siguientes constataciones.

Esta acusación de “mala fe” totalmente gratuita y subjetiva, no condice con el debate intelectual que intentamos desarrollar. El tema de la supuesta

1. Véase, por ejemplo, el artículo de Evaristo Colmán *“O que é o Serviço Social? Vigência de um ‘velho’ problema e desafio para a formação profissional”* dirigido a combatir, con claros errores de interpretación, el debate que, inspirados en Netto, Yamamoto, entre otros, realizamos sobre la crítica a la “especificidad” del Servicio Social (*in Serviço Social em Revista*, nº 1. Londrina, UEL, 1998). También una ponencia presentada en Congreso Uruguayo de Asistentes Sociales, de autoría de Carolina González, intitulada *“La construcción colectiva de la identidad del Trabajo Social en el Uruguay de comienzos de siglo XXI”*, dirigida a la crítica de la perspectiva desarrollada por Yamamoto, Netto y otros, sobre historia del Servicio Social, pero debatiendo con Montaña y Pastorini (*in Montaña*, 1998). Con diferencias, ambos casos, así como diversos otros, muestran pobreza argumentativa y claros problemas de comprensión de lectura. La re-lectura más atenta de los trabajos que pretenden criticar será la mejor respuesta.

² Esta ponencia, con algunos agregados y modificaciones, fue publicada recientemente en la *Revista Fronteras* Nº 4 (Departamento de Trabajo Social- Facultad de Ciencias Sociales- Udelar. Setiembre de 2001. Pp. 75-82) (Nota del Consejo de Redacción)

“tergiversación” va por cuenta de la interpretación que Montaño hace de mis críticas. Pero ¿cuáles son los argumentos que tiene para rebatirlas?

En el punto I de su texto, Porzecanski *descalifica* la riqueza y seriedad de la obra de lamamoto (que goza del respeto de los profesionales de toda América Latina, concuerden o no con sus postulados)³ y desvirtúa sus investigaciones, al afirmar que esta autora “con la *energía y el celo de un inquisidor medieval...* se lanzó en 1992 a *llevar a proceso* al Trabajo Social *acusándolo* de profesión originada en una herencia conservadora católica...” (2001: 1, subrayado nuestro).

Es de destacar, primeramente, la *adjetivación* que Porzecanski usa para “descalificar” (sin argumentos)⁴ la obra de esta reconocida autora: “*inquisidora medieval*”. Asimismo, las serias investigaciones de lamamoto, que en el acierto o en el error, pretenden desvendar críticamente la realidad profesional, son transformadas en “*acusación*” a la profesión de conservadora, orientada en una supuesta intencionalidad punitiva: “*llevar a proceso* al Trabajo Social”.

A Montaño no le gusta mi estilo ensayístico, y tampoco entiende el uso de las metáforas. En realidad estoy debatiendo el enfoque de lamamoto respecto de la génesis del Trabajo Social, y lo hago mostrando de qué manera ella articula las ideas centrales de su hipótesis. No dudo para nada del prestigio y de la seriedad de sus investigaciones, pero tengo todo el derecho a discutir los textos que ella ha publicado, sea en el año que sea. Para eso se publican los libros, para que otros los lean, y los discutan.

De igual forma, la ensayista demuestra *desconocimiento de su interlocutora*, al atribuir las afirmaciones de lamamoto, (que no comienzan en 1992 sino antes de 1982),⁵ a la “llamada ‘desilusión respecto del socialismo real’” (*ídem*: 1-2), siendo que nuestra autora siempre mantuvo postura crítica con respecto al proceso soviético.

3. Su primer libro (*Relações Sociais e Serviço Social*, en co-autoría con Raúl de Carvalho, de 1982) se encuentra en la 15^o edición; además de contar con una versión integral en español (Celats, Lima, 1984) y otra diferentemente organizada (*Servicio Social y división del trabajo*, de 1997). Su tercer libro (*Serviço Social na contemporaneidade*), publicado en 1998, ya está en su tercera edición. Su cuarto y último libro (*Trabalho e indivíduo social*), originado de su tesis doctoral, fue lanzado en el X CBAS (Rio de Janeiro, octubre de 2001), vendiendo en dos días, más de 500 ejemplares, agotando todo el acervo disponible. Su producción es citada por los autores más destacados del colectivo profesional. Por otro lado, la presencia de lamamoto en congresos, debates, asesoría a entidades de enseñanza, en elaboración de cursos a distancia etc. es de destacar.

4. Más que un debate polémico de ideas, Porzecanski parece realizar un desahogo personal y alterado.

5. Son los problemas de quienes pretenden criticar una corriente, un autor, sin conocer su historia, su obra, apenas con la rápida lectura de un texto aislado. La ensayista claramente no conoce la complejidad de la obra que pretende criticar.

No tengo el gusto de conocer personalmente a la Prof. lamamoto, pero tampoco lo considero necesario para discutir las ideas que ella ha publicado ya que pertenecen al dominio de lo público. A los efectos, tampoco me interesa su postura respecto “del proceso soviético” ni conocer su postura alteraría en un ápice lo que tengo para opinar sobre su texto de 1992.

Porzecanski parece también *apelar a la sensibilidad* del asistente social desatento como forma de captar adhesiones, induciendo a pensar que lamamoto realiza una “*diabolización*’ del Trabajo Social” (2001: 1). Lo apelativo aparece también al atribuir a los estudios (ahora de la UFRJ)⁶ un supuesto “reconocimiento” de “*ineficacia* del Trabajo Social” (este concepto no aparece en parte alguna de la obra de lamamoto o de Netto), de un “origen *espurio* dentro del ámbito religioso” (ver Porzecanski, 2001: 2). Atribuyendo equivocadamente la idea iluminista del “progreso” al positivismo comteano (*ídem*: 2), y al constatar que los análisis de lamamoto a la génesis del Servicio Social “serían aplicables... a casi cualquier campo profesional” terapéutico, asistencial y educativo, la autora del artículo en cuestión parece nuevamente apelar a la sensibilidad afirmando que los postulados de lamamoto configuran “un ataque generalizado al escaso prestigio de los trabajadores sociales” (*ibídem*).

Toda esta interpretación de Montaña podría ser analizada por el psicoanálisis como temor exacerbado a que sus textos favoritos perdieran la confianza (¿ y lealtad?) de los Trabajadores Sociales. Me pregunto por qué se preocupa tanto por eso y no por discutir sus ideas. En cuanto a la idea de “progreso”, hay abundante bibliografía sociológica sobre las idea de progreso en Comte que le pueden aclarar el panorama .al colega. Claro, hay que leerla.

Por otro lado, Porzecanski no reproduce con la mínima *fidelidad* necesaria las tesis de lamamoto, que pretende criticar. Según ella, “la interpretación de lamamoto limita los propósitos morales y solidarios solamente al ámbito religioso y omite los desarrollos del pensamiento humanista laico de los siglos XVII y XVIII” (2001: 2). Sin embargo, para lamamoto, el Servicio Social surge, dentro de la división del trabajo en la *sociedad capitalista industrial* (por lo tanto, no en los siglos XVII y XVIII), articulado al “proceso de reproducción de las relaciones sociales” (ver lamamoto, 1997: 85 y ss.) y apenas como una particularidad brasileña está vinculado a la herencia católica. Lo que esta ensayista critica no son, pues, las tesis de lamamoto, sino una caricatura que aquella construyó, tergiversando su interlocutora.

6. En su simplismo, la ensayista elimina (o desconoce) cualquier diferencia entre Netto (de quien no hace ninguna referencia) y lamamoto, y la diversidad de profesores de la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Parece haber, según Porzecanski, una “interpretación de la UFRJ” (sic) (2001: 2), que ella resume en 3 puntos!!! Eso mismo, *generaliza* una producción heterogénea y vasta, que sobresale el espacio institucional de la UFRJ, y la *reduce* a tres puntos.

Equivocado, nuevamente. Los procesos ideológicos que culminan en el siglo XIX, se originan en el XVII y XVIII con el humanismo y las transformaciones ideológicas que dan lugar a la “secularización”. Creer que la “sociedad capitalista industrial” se genera por generación espontánea y sin otros antecedentes es no haber leído Historia.

Pero, para desarrollar su “crítica”, Porzecanski no solamente descalifica y tergiversa los postulados de lamamoto, sino que acusa a esta última de no considerar el surgimiento del Estado batllista, en Uruguay, enfrentándose a la Iglesia y desarrollando un Servicio Social vinculado a la salud (2001: 2-3). Parece poco creíble que esta ensayista no perciba que lamamoto no está tratando de la profesión en Uruguay y que la particularidad del “higienismo” sea por tanto una ausencia justificada. También parece que ella no consigue comprender al Estado batllista como un proceso comandado por el capital, y por lo tanto su carácter “conservador” (estructuralmente), a pesar de sus aspectos “progresistas”. Por eso no consigue ver el real papel del Servicio Social vinculado a la salud — ni siquiera a partir del importante aunque limitado análisis de Foucault. Por lo tanto, caracterizar la génesis profesional por su fundamento conservador y reproductor de las relaciones sociales no es una “acusación”, sino una *constatación histórica*.

Desde luego que lamamoto nada dice del estado Batllista, pero su texto no acota suficientemente que su interpretación de los orígenes del Trabajo Social está limitada a su país (y quizás solamente a regiones específicas de su país), ya que al hablar de la “sociedad capitalista industrial” sugiere que está hablando de TODA LA SOCIEDAD CAPITALISTA INDUSTRIAL occidental. Un problema de su texto es el GRADO DE GENERALIZACION en que incurre reiteradamente, como si su plataforma debiera constituirse en interpretación “oficial” de los orígenes del Trabajo Social en Occidente.

La ensayista en cuestión no consigue diferenciar la *iglesia como institución* — como la considera lamamoto al desarrollar su investigación sobre los orígenes de la profesión — de la *iglesia como doctrina religiosa*. lamamoto está preocupada en caracterizar las determinantes ontológicas que van a dar origen a nuestra profesión: el capitalismo industrial, y particularmente en el Brasil, la iglesia católica como institución. Porzecanski no comprende el método que parte de la realidad concreta y que identifica sus particularidades, el método basado en la ontología marxiana. Ella parte de abstracciones de su pensamiento, y no consigue salir de tales abstracciones; así puede pensar el batllismo sin sus determinaciones históricas, las religiones sin sus estructuras institucionales y el surgimiento de la profesión como reflejo de sus propias prenociones.

No creo que las instituciones (incluyendo la Iglesia) puedan interpretarse separadas radicalmente de las doctrinas que las informan y las dieron a luz. (Sería

como pensar los tribunales de justicia sin los códigos de Derecho que los informan). Lo que Montaña llama “el método de la ontología marxiana” (que según él yo no comprendo, sumida en mis abstracciones) no es otra cosa que una versión conceptual particular del viejo inductivismo que en el siglo XIX dio lugar a la investigación de terreno en Ciencias Sociales, y especialmente en etnografía.

Es de esta manera que la ensayista querellante acusa a lamamoto de “grave reduccionismo en la consideración de la génesis del Servicio Social”, por dejar de lado “otras religiones no cristianas, por ejemplo el hinduismo, el budismo, el judaísmo y el Islam”, quienes produjeron sistemas de ayuda (Porzecanski, 2001: 3). Se evidencia así un claro y profundo *desconocimiento* de las tesis de lamamoto. El supuesto “reduccionismo” de esta última, en realidad refleja una perspectiva teórico-metodológica *contrapuesta a la visión endogenista que reproduce Porzecanski* (ver Montaña, 1998: 9 y ss.).⁷ lamamoto, realizando una exhaustiva investigación, busca el origen y el significado socio-histórico de la profesión en la *Historia*, encontrando en el capitalismo industrial, cuando el Estado toma para sí la responsabilidad de responder a las manifestaciones de la “cuestión social”, a través de los servicios y políticas sociales y de asistencia social, la constitución de un espacio que será ocupado por los asistentes sociales.⁸ Las particularidades regionales (la presencia de la iglesia católica en Brasil, o del higienismo y el Estado batllista en el Uruguay) están presentes en los análisis de los contextos de que se trate. Contrariamente, Porzecanski, de forma “endogenista”, concibe al Servicio Social como una forma de *ayuda*, buscando su origen en las diversas manifestaciones antiguas de ayuda. El absurdo es tal que ella llega a afirmar que: “ya en las sociedades de primates superiores se observan conductas de solidaridad y de protección...” (2001: 3). Eso mismo! En esta “rica” y “original” perspectiva que Porzecanski reproduce, la profesión de Servicio Social parece presentar antecedentes, no en Mary Richmond, sino en el hombre de Neandertal! (ver Montaña, 1998: 19)

¡Al fin una idea para aportar al debate! En rigor, no creo que la Etología ni la Antropología Social, ni la Psicología Social, ni otras disciplinas abocadas al estudio de la conducta social en los primates superiores pueda descartarse del estudio serio de las formas de solidaridad, tal como hoy las Ciencias Sociales enfocan las sociedades humanas (o sea, sociedades de primates superiores que han evolucionado a partir de sociedades de homínidos, de los cuales hay abundantes restos fósiles, muchos de ellos en Brasil).

7. Su visión endogenista queda más clara en el punto 4 de la página 9.

⁸ “Es en la implementación de las políticas sociales (...) que ingresa el Servicio Social” (lamamoto, 1992: 3).

Por otro lado, la concepción de lo humano que alimenta la manera de pensar del colega Montaña (y de lamamoto) es nuevamente una hipóstasis, puesto que reifica al Estado como un ente superorgánico, que, imbuido de “voluntad” propia y “propósitos” determinados, “implanta” políticas sociales para evitar que los sectores carenciados demanden a los otros, privilegios y derechos. Lecturas como las de Berger y Luckmann son esclarecedoras de estos procesos de reificación, inscriptos en todas las teorías decimonónicas, incluyendo la de Marx. Dicho sea de paso, la influencia que tuvo Darwin en Marx no fue nada menor.

Porzecanski, en realidad, confunde lo que son *determinaciones ontológicas substantivas* (que hacen a la sustancia de la profesión) — como en lamamoto son el desarrollo del capitalismo en su fase industrial (o monoplista, como para Netto), al incorporar el trato a la “cuestión social” como cuestión de política estatal, y la iglesia católica para la realidad brasileña — con *cuestiones adjetivas*. Es por eso que ella se siente ofendida con constataciones históricas sobre el “origen conservador” de la profesión (lamamoto), su “condición subalterna” (Netto), o su “identidad atribuida, alienada y alienante” (Martinelli). Esas no son “adjetivaciones” a la profesión, sino su sustancia histórica, e históricamente constatable. Con esta confusión, cae en análisis abstractos, no concretos, de la realidad.

Al fin estamos en algo de acuerdo: lamamoto supone “determinaciones ontológicas” (que cree substantivas), y mi crítica es justamente OPUESTA A ESA ONTOLOGIA DETERMINISTICA, de cariz esencialista y de leyes generalistas. En mi más modesta opinión, el origen del Trabajo Social es un poco más complejo, y no puede explicarse por una ontología (cualquiera que esta sea), ni hay “constataciones históricas” (las interpretaciones de los hechos históricos no son ni unánimes ni generalizables, debate epistemológico que amerita bibliotecas enteras escritas). En todo caso, el origen del Trabajo Social no debería interpretarse divorciado del resto de los fenómenos de interacción social que ocurren a lo largo del tiempo, incluyendo la división del trabajo, y las diversas formas colectivas de sobrevivencia de sociedades humanas en modalidades simples y complejas de organización social.

Debo aclarar que para nada me ofende la “condición subalterna” del Trabajo Social. Lo que creo equivocado es atribuirle un “origen conservador” (la palabra “conservador” es ya redundante en el texto de Montaña) a través de una interpretación reduccionista que abarca a toda la sociedad capitalista occidental.

Pero la ensayista en querrela no se conforma apenas con esto. Otros claros *flagrantes de mala fe*, ahora tergiversando el sentido de nuestras consideraciones, hechas en Montaña (1998).

Primeramente, descontextualizando, Porzecanski nos atribuye una supuesta “perversión” de la profesión, cuando afirmamos “su función manipuladora y controladora de los sectores populares y legitimadora del orden burgués (...)” (*apud* Porzecanski, 2001: 3). No obstante, ella *excluye premeditadamente* de la frase que cita, la primera parte: “parece conveniente, a esta altura, *desmitificar la idea* que pudiera permanecer aún, de que, en una perspectiva crítica, lo exclusivo (y específico) del Servicio Social sea su función manipuladora ...” (Montaño, 1998: 146).

Bueno, justamente, si es necesario desmitificar lo que pudiera permanecer aún de esa idea, es porque esa idea de “manipulación”, según el colega Montaño, ha sido prevalente a lo largo del tiempo. No se entiende, por qué, si lo ha sido a lo largo del tiempo, de pronto ahora, no lo es. ¿Por qué, entonces, el Servicio Social, no tiene AHORA una función “manipuladora”? Es una pregunta para Montaño.

La misma continúa desvirtuando sus interlocutores al inducir a pensar que, en nuestra concepción, “el Servicio Social está condenado a producir poco de nuevo, poco conocimiento teórico original: apenas reproducirá en otro lenguaje (...) lo que ya circula entre las llamadas ‘ciencias sociales’” (*apud* Porzecanski, 2001: 4). Sin embargo, nuevamente omite y esconde a su lector que nos estamos refiriendo a la *práctica tradicional* de “aplicar teorías” provenientes de un “Marco Teórico” y atribuirle el *status* de “teoría específica” de Servicio Social; así afirmamos: “*Con este proceso, el Servicio Social está condenado a producir poco de nuevo...*”, reproduciendo “los criterios de veracidad empiricista (comprobación) y/o popperiano (falseabilidad)” (ver Montaño, 1998: 104-105).

En ambos casos, estas omisiones, claramente descaracterizadoras del real sentido de los análisis que pretende criticar, tienen el objetivo poco académico de apelar a la sensibilidad corporativa para generar oposición contra su interlocutor, y congrega “simpatías” a su postura.

Si, sí, también yo me estoy refiriendo a la “práctica tradicional”, y es necesario que Montaño se haga cargo de su propia afirmación de que “el Servicio Social está condenado a producir poco de nuevo...” y explique de qué manera los “criterios de veracidad empiricista, etc.” le habilitan para hacer predicciones de largo plazo.

La ensayista también pretende indicar una contradicción nuestra, que supuestamente nos haría caer en un “endogenismo”, cuando promovemos la investigación “desde” la profesión sobre los objetos sociales (*apud* Porzecanski, 2001: 4). En realidad, lo que allí estimulamos no es una perspectiva específica del Servicio Social para mirar una fracción de la realidad (perspectiva endogenista) sino que en nuestra profesión se desarrollen estudios teóricos no sólo sobre la

práctica profesional, sino sobre los fenómenos sociales (ver Montaña, 1998: 105-6).

No queda claro, en el texto de Montaña, con qué elementos específicos y exclusivos del Trabajo Social, la profesión va a estudiar los fenómenos sociales. ¿Cuáles serían esos elementos propios del Trabajo Social que no están presentes en otras profesiones o disciplinas sociales? Como no aparecen, parece entonces correcto suponer que Montaña cae víctima de su propio “endogenismo”.

Porzecanski incurre en otros errores (ver 2001: 4): a) no consigue diferenciar a lamamoto de otros autores que agrupa en la rúbrica de una “postura de la UFRJ”, excluyendo ni más ni menos que a Netto de sus consideraciones; b) retira de los autores que pretende criticar, toda la dialéctica presente en sus análisis, descaracterizándolos y tornándolos injustificadamente unidireccionales y “fatalistas”; c) parece atribuir a sus interlocutores un estructuralismo althusseriano que no existe; d) trata los análisis de sus interlocutores a partir de los conceptos de “eficiencia”/“ineficiencia” (*ídem*: 4) y “bien”/“mal” (*ídem*: 5), cuando este lenguaje no es empleado por éstos, sino las categorías capital y trabajo; e) desconoce la producción que, desde estas perspectivas, se ha desarrollado sobre método, proceso de intervención en áreas de la salud, de los municipios, de la justicia, de la criminalidad, del trabajo y la empresa, así como sobre los temas de políticas sociales, Estado y reforma estatal, neoliberalismo etc. etc. etc.; f) demostrando una vez más su “libertad” para interpretar autores, consigue conciliar al marxista argentino Atilio Borón, con el defensor de la “tercera vía” Anthony Giddens y después con Lyotard, supuestamente para argumentar su postura declaradamente posmoderna (*ídem*: 5).

Hemos elegido el texto de lamamoto del cúmulo de autores de la UFRJ, y no hemos hecho alusión a ninguno de los otros, aunque lo haremos en futuros trabajos, de manera que las precisiones de Montaña son gratuitas. Con respecto a los criterios usados para rebatir la hipótesis de lamamoto, creo que suscribo la libertad de pensamiento que me habilita para elegir autores. En mi caso, justamente, elegir tres autores de pensamiento diferente como Borón, Giddens y Lyotard, enriquece la crítica, porque ella no parte de ninguna postura unitaria, sino más bien, intenta mostrar el reduccionismo de la hipótesis de lamamoto respecto de los orígenes del Trabajo Social.

Estas observaciones que hemos hecho del texto de Porzecanski, que pueden ser claramente constatadas, son transparentes en la demostración de cómo, eliminando el debate polémico, se puede manipularlo y evitarlo, al desvirtuar y descalificar a sus interlocutores.

Son requisitos de un debate de ideas, la fidelidad a las tesis con las que se pretende polemizar, el conocimiento de la obra del interlocutor, la honestidad científica y académica. Nada de esto se observa en el texto en cuestión.

¿Incomprensión?

No, mala fe. Desespero conservador de quien ve la aceptación y el avance de perspectivas y de debates claramente progresistas, críticos y profundos, que ultrapasan autores, cuestiones y respuestas que no consiguen más dar cuenta de las exigencias intelectuales contemporáneas. Observar y combatir este comportamiento conservador, y por veces regresivo, anti-ético y a-científico, es tarea fundamental.

Rio de Janeiro, octubre de 2001

Estas últimas palabras de Carlos Montaña demuestran fehacientemente como, tildando de “conservador”, “antiético” y “acientífico” y de “mala fe” al oponente, cree saldar las interrogantes y los temores que le genera mi crítica.

*Plataforma dogmática, poca flexibilidad para el debate, argumentos redundantes y escasa originalidad de ideas, son cualidades que van en detrimento del Trabajo Social y, lamentablemente, lo condenan a producir poco de nuevo y poco conocimiento teórico original”. **Teresa Porzecanski, Montevideo, noviembre 23 de 2001.***

BIBLIOGRAFÍA

- QUIROGA, Consuelo.** “Invasión positivista en el marxismo: el caso de la enseñanza de la metodología en el Servicio Social”; *in* Borgianni, E. y Montaña, C. *Metodología y Servicio Social, hoy en debate*. São Paulo, Cortez, 2000.
- IAMAMOTO, Marilda.** *Servicio Social y división del trabajo. Un análisis crítico de sus fundamentos*. São Paulo, Cortez, 1997.
- _____. *Renovação e conservadorismo no serviço social. Ensaio crítico*. San Paulo, Cortez, 1992.
- MONTAÑO, Carlos.** *La naturaleza del Servicio Social. Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. São Paulo, Cortez, 1998.
- NETTO, José Paulo.** *Capitalismo monopolista y Servicio Social*. São Paulo, Cortez, 1997.
- PORZECANSKI, Teresa.** *Algunas cuestiones disciplinares del Trabajo Social en el Uruguay contemporáneo*. Ponencia presentada en el Seminario Internacional “Trabajo Social y las nuevas configuraciones de lo social”. Maestría en Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos. Paraná, Argentina, 16 a 19 de mayo de 2001.